

# MARTA SANZ, LAS VOCES DE LAS MUERTAS

La escritora madrileña presenta su obra más radical, culminación de la trilogía que arrancó con «Black, black, black». **Novela de denuncia con tintes negros, expresionistas**

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

**M**arta Sanz (Madrid, 1967) ha escrito su libro más radical. Voluntariamente radical, y conscientemente subversivo. Me ha parecido excelente que lo haga así, subjetivo, como lo ha hecho, sin pretender que nazca de ningún consenso acerca de vivos y muertos o de una política de reconciliación. De haber querido que naciese de una paz consensuada no habría sido escrito. Porque esta novela es, además de un manifiesto estético, una manifestación de una posición política que quiere hacer contigua a una posición literaria. Podría decirse que Marta Sanz ha dibujado en ella su poética literaria como forma de hacer política con la escritura. Nace el libro de lo excesivo, y se propone ser un disparo a las buenas conciencias respecto a muertes y asesinatos habidos en la Guerra Civil.

El motivo de arranque es el descubrimiento de fosas comunes en los arrabales de Milagros, un pequeño pueblo de Burgos que se ve aquí transformado en Azafrán, topónimo pronto modificado por el juego lingüístico (más que un juego) de Azufrón, un modo de decir metonímicamente el infierno. Ya hay novelas de configuración realista sobre los enterramientos en fosas anónimas. Recuerdo dos recientes, de José María Merino (*La sima*, 2009) y de Andrés Trapiello (*Ayer no más*, 2012). Pero Marta Sanz parece no querer otra novela sobre la Guerra Civil y las fosas de fusilados, sino una novela sobre la barbarie en la que las voces de los muertos (aquí las muertas) se levanten, como si fuese una especie de Juicio Final o de Aquelarre que se parece mucho a una sinfonía barroca o un Sueño quevedesco convertido en pesadilla. Esta obra es como una gran sinfonía barroca de lenguaje, en la que al modo quevedesco el significante es el significado, es decir, que se utilizan las palabras en todo cuanto pueden tener de obscuro, de

denuncia, de expresividad arrítmica, de ruptura con los corrientes sentidos del diccionario, para acumular connotaciones concebidas al modo de puñales, como queriendo que el lector se vea impelido al esfuerzo de la comprensión y al desafío de su desmesura.

El lector corriente no es aquí esperado, o si quiere leer cómodo dejara pronto de hacerlo, porque la novela está llena de difíciles planos. Hacia tiempo que en español, posiblemente desde *San Camilo*, 36 u *Oficio de tinieblas 5*, de Ca-

milo José Cela, no se utilizaba la trama con tantos planos disjuntos, como queriendo deshacer (ocultar) y hacer (mostrar) al mismo tiempo.

## Culpas ahogadas

La primera parte alterna dos voces narrativas, la de Luz Arranz, narradora externa, y la de Paula Quiñones en cartas a Luz, contando lo que le ocurre en la pensión en la que se aloja cuando ha venido a investigar los hechos acaecidos. Es un tiempo de hoy el ambiente de esa familia, con el centenario

abuelo Jesús, el nieto David, hermoso amante ocasional de Paula, y los padres y tíos, los Beato. Es un ambiente de silencios, de culpas ahogadas, de terrores solo entrevistos que el lector va descubriendo a la vez que Paula. Esta alternancia termina luego y pasa a una novela corta como si fuese inserta, donde vamos a los hechos, para finalmente darle el desenlace con lo que le ocurre a Paula, que me resisto a revelar, y las acciones conclusivas en que la maldad es extrema.

Como lector, pero también como crítico, me ha interesado menos lo que se cuenta que la poética nacida de la obra. La autora la ha hecho explícita en dos antetextos, uno de Manuel Vázquez Montalbán, en un poema titulado *SOE* (Seguro Obreiro de Enfermedad), donde apa-



pequeñas mujeres rojas  
Marta Sanz

Anagrama, 2020  
344 páginas  
18,90 euros  
★★★★

rece la familiar legión de tísicos en la cola del subsidio. El otro es Francis Bacon con quien penetra la poética técnica del libro, con su estética tremendista, en la que el contenido nace de un grumo, una rebelión del significante que invade el cuadro.

## Barbarie

Marta Sanz lo traduce en el reino del lenguaje como lugar único y privilegio de quien puede decir la desmesura del horror desde las palabras. Hay otros intertextos, pues Juan Rulfo informa las voces de muertos, y otros que no están pero podrían haber estado. Pienso en que antes que Bacon lo hizo la pintura negra de Goya, y sus brujas, o en lenguaje el barroco de Lezama Lima. El expresionismo como forma única de significado de una barbarie sin condena. ■



## «En el “noir” se ve que lo personal es político»

CARMEN R. SANTOS

- ¿Da por cerrado su cultivo de la novela negra?
- Si en cuanto a la trilogía de Zarco, pero no sé si más adelante escribiré novelas que se puedan etiquetar así. Tengo la sensación de no ser precisamente una escritora de género -con todos mis respetos hacia quienes lo son-, sino más bien utilizo mimbres distintos -terror, negro, cuentos de hadas, recursos cinematográficos, pictóricos- para articular un estilo que responda a mi sistema nervioso personal.
- ¿Por qué la protagonista Paula, exmujer del detective Arturo Zarco?
- Le debía un libro a este personaje. Una mujer fuerte, que se vuelve vulnerable en las relaciones sentimentales. Antes era una especie de Pepita Grillo, que se transparentaba por debajo de los miedos y las acciones de Zarco.
- Poner la primera palabra del título en minúscula tiene un sentido...
- Igual que en *Monstruas y centauros* es una forma juguetona de transgresión.
- ¿El «noir» es especialmente adecuado para la denuncia?
- Si no aparece *bestsellerizado*, sí. Es donde mejor cristaliza que lo personal es político: las violencias de dentro de las habitaciones, del callejón o del matadero, son el reflejo de las grandes violencias estructurales.
- A veces toman la voz «los niños perdidos y las mujeres muertas» que vigilan y protegen a Paula. ¿Estamos ante una especie de coro trágico, con un punto sarcástico?
- En efecto, yo no podría definirlo mejor. ■



Llevo el encierro como una cucaracha patas arriba»

Me interesan Poe, Chandler... Y siempre Patricia Highsmith, Georges Simenon, Gadda y Sciascia»